

ra colonias que propaguen la civilización á semejanza de los griegos, abandonan á millares á sus hijos los chinos para quienes es una ignominia alejarse de los sepulcros de sus padres. Conocieron mucho antes que los europeos la imprenta, la brújula, la pólvora; pero mientras que estos tres inventos cambiaban la faz del mundo occidental, no recibieron entre ellos ningun perfeccionamiento, ni fueron más que un objeto de diversion. Les es inútil la brújula en atención á que no emprenden viajes; les sirve la pólvora para fuegos artificiales; la imprenta debe acomodarse á inviolables preceptos, y ni aun siquiera ha contribuido á simplificar su escritura, cuyo sistema es tan complicado. Cultivan los campos como los jardines venciendo las pendientes de las montañas por el mismo método que emplean para sostener las costas del mar y las riberas de los rios, pero hacen un enorme dispendio en trabajos que para los europeos tienen poquísimo coste. No se valen de los bueyes para tirar del arado, así como no han sabido utilizar los demas animales de carga ó de tiro, como tampoco las fuerzas naturales, á excepcion del viento para las velas, si bien todavía las barcas iban al remo. El hombre trasporta las cargas, tira de los carruajes, y muele el grano dentro de cada casa. Se trabajan con la mayor delicadeza todos los enseres, pero á fuerza de paciencia y con toscos instrumentos, y cada uno de los objetos que causan nuestra admiracion ha costado muchos meses. Allí no hay más máquina que el hombre, y frecuentemente no acredita más inteligencia que una máquina. ¿Se solicita prueba? Cuando últimamente tuvieron ocasion de tomar por modelo un buque europeo, imitaron tan servilmente su obra que fundieron con el cañon el cerco movible destinado á sostener la masa de mira; copiatrn en las telas hasta los defectos del tegido. Habian construido barcos de vapor con el hornillo y la chimenea; pero ponian en juego las ruedas á fuerza de brazos. En suma, la originalidad fútil de este pueblo carece de toda chispa de entusiasmo, y su fria razon no produce más que frutos artificiales.

Tal es el pueblo que los filósofos del último siglo á quienes hastiaba la civilización europea, ó seducia la idea de destruir lo pasado con cual-

quiera arma que fuese, proponian como modelo á la futura libertad de Europa, proclamando que su constitucion superaba á todas las demas; que la religion natural es en extremo preferible á la de Dios, y la moral de Confucio á la de J. C. Hubo tambien astrónomos que imaginaron ser brillantes estrellas algunos granos de arena caidos sobre sus telescopios.

Acaso no podrá resistir largo tiempo la China al impulso de ese movimiento interior que agita ahora á la humanidad y la hace caminar hácia el progreso á pasos de gigante. Ya se ha tratado en estos últimos tiempos de enviar á los Estados-Unidos de América un enjambre de chinos, á fin de mezclar el extremo Oriente con el Nuevo-Mundo. Se han formado en lo interior del imperio muchas sociedades secretas, sin que nunca haya descubierto la policía al jefe, sea de la *Triada* sea del *Nenufar blanco*. Hasta se han intentado levantamientos parciales, cuyos autores han tomado por simbolo la expulsion de los extranjerios, preludio ordinario del patriotismo. Acaso esté tambien destinada la China á ser el palenque donde saltarán para darse batalla Rusia é Inglaterra, cuyas inmensas conquistas rayan con ella por el Occidente y por el Norte. Es posible que la guerra con todos sus desastres llgue allí á renovar la civilización, pues ha abierto ya seis puertos á los europeos, y á valido á los ingleses instalarse en Hong-Kong como señores. El contacto hará desaparecer necesariamente el desden y el horror á las cosas extranjerias, y proporcion á la luz verdadera á los que todavía no han visto resplandecer más que una claridad artificial.

CAPITULO XXV.

Tiempos antiguos.

Tal vez las costumbres de la vida pastoril impulsaron á los hijos de Sem á extenderse fuera de los límites de Armenia. Evitando entonces los países demasiado elevados, así como las regiones muy meridionales, bajarían á las comarcas situadas en el grado 51 para atravesar sucesivamente lo que en el dia llamamos nosotros el Tabaristan, el Korasan y la Bucaria hasta el Thibet. Llegados allí, tanto el rigor del frio como lo escarpado del terreno, les obligaría á volverse para buscar un clima más

templado; de este modo llegarían á las provincias que en el dia se llaman Chen-si, Chan-si y Chaung-toung.

Los letrados, nombre que toman los que siguen las doctrinas de Confucio, dejando á un lado las cuestiones especulativas por las prácticas, no empiezan su historia auténtica hasta el año 61 del reinado de Ouang-ti, año 2737 antes de Jesucristo, desde donde llevan año por año hasta la época actual; pero los tao-sse, sectarios de Lao-tse, filósofo rival de Confucio, la hacen subir á tiempos mucho más remotos. Colocan en aquellos tiempos varias dinastías, empezando por Pancou, apellidado Ouen-tun (caos primordial) que se parece en el nombre al Manou indio y que tiene sus mismos atributos. Vivía ó dos ó noventa y seis millones de años antes que Confucio (poco importa en efecto determinar una época arbitraria en ambos casos), y llegó su poder sobre la naturaleza hasta crear. Siguieron despues de él tres famosos reinados: los del cielo, de la tierra y del hombre. Los *Ouang*s ó Augustos que gobernaron durante aquellos tres periodos, tenían diferente aspecto que el resto del género humano. En el primero su cuerpo era el de serpiente; en el segundo reunía á la cara de un niño la cabeza de un dragon, el cuerpo de serpiente y las piernas de caballo; en el tercero la cara de hombre y el cuerpo de dragon. Suceden despues diez *chi* ó períodos, durante los cuales reinan personajes con semblante humano y cuerpo de serpiente. Al fin del séptimo dejan los hombres de habitar las cavernas; en el siguiente empiezan á precaverse del frio, cubriéndose con pieles; despues adquieren poco á poco la ciencia y práctica, y se ponen al abrigo de las bestias feroces en casas de madera. Tsang-ke, primer emperador del noveno período, inventa los caracteres alfabéticos; es cultivada la música y recibe una organización regular.

Despues de aquellas dinastías aparece Fo-hi en el año 3468 antes de Jesucristo. Es él á quien se atribuye mas generalmente el principio de la historia de la China, mas se puede asegurar que ella tiene más del mito que del simbolo. Oa-sse (flor esperada), hija del Señor, paseándose á orillas del rio, encontró la huella del Grande y se sintió conmovida; un arco iris la rodeó, concibió y despues de haber llevado

el fruto doce años, dió á luz á Fo-hi. Como encontró que se extendía poco la única escritura que se conocía entonces, es decir, la que se componia de cordones con nudos, inventó los ocho símbolos, que consistian en tres líneas cuyas diversas combinaciones daban sesenta y cuatro signos; creó el primero de los ministros de Estado, tejió redes, rodeó las ciudades de murallas, abrió cauce á las aguas, crió las seis especies de animales domésticos, el caballo y el buey, el puerco, el perro, la gallina y el carnero; dividió el cielo en grados, encontró el período de sesenta años, el calendario, las reglas de música, y tambien inventó la cítara de veintisiete cuerdas de seda. Instituyó el matrimonio para reemplazar las uniones mudables, reguló la sociedad conyugal con leyes, entre las cuales por una singular disposición prohibió unirse á aquellos que llevasen un mismo apellido. Además los chinos se dan entre otros títulos el de Pe-sing, *cien familias*, lo cual indica, que la primera tribu que llegó al país se componia de cien jefes de familia, de los cuales nacieron quinientos varones; resulta que toda población de que fueron origen no tienen mas que quinientos apellidos; de lo cual se saca en consecuencia que los matrimonios, entre varios millones de habitantes serian incestuosos, como lo son los que se verifican entre hermanos y hermanas. ¡Qué tenacidad, con respecto á lo pasado, la que quiere conservar lazos de parentesco, que datan de seis mil años! Contaba Fo-hi haber visto sus leyes escritas en las espaldas de un dragon, lo que le valió á este animal ser el simbolo del imperio. Está armado de cinco garras en las banderas y armas del monarca, al paso que no podia tener más de cuatro, cuando los representaban los particulares.

Sucedió á Fo-hi (3218) Chou-nung (obrero divino), quien inventó el arado y enseñó á cultivar la tierra, á extraer la sal de las aguas y á regularizar la guerra. Introdujo el uso de los mercados, de la medicina y del canto. Tambien midió la tierra, á la que encontró novecientos mil *li* de levante á poniente y ochocientos mil de polo á polo.

Despues de un largo intervalo sucede *Ouang-ti* (2637), y es en el año sesenta y uno de su reinado cuando empieza el tiempo histórico para

los letrados, así como el cielo de 60 años, de 365 días y seis horas. Corre en la actualidad el septuagésimo quinto, y en este espacio se han sucedido veintidos dinastías.

Dividió sus conquistas Ouang-ti en diez *tse* ó departamentos, cada uno de los cuales contiene diez distritos (*tou*), y cada uno de estos comprende diez ciudades (*ie*). Habiendo tomado diez granos de maíz, hizo con su longitud la medida de la línea; diez líneas formaron una pulgada, diez pulgadas un pié, y así sucesivamente con la división decimal que después hemos adoptado. Sin embargo, la medida francesa tomada del cielo es invariable, al paso que la de los chinos cambió con las dinastías, según que se coloca en los granos de maíz por su menor ó mayor diámetro.

Instituyó este príncipe el tribunal de la historia, y seis ministros para observar los fenómenos celestes; enseñó los principios de la aritmética y geometría, el cielo luni-solar de diez y nueve años, que Methon introdujo en Atenas dos mil trescientos años después. Fabricáronse entonces carros, barcas, flechas y monedas; explotáronse minas de cobre, abriéronse caminos al comercio, y se construyeron templos al Dios supremo (*Chang-ti*) donde Ouang-ti ofreció sacrificios en su doble carácter de pontífice y rey. Enseñó su mujer á criar el gusano de seda, lo cual le valió el ser colocada en la clase de los genios, bajo el nombre de espíritu de las moreras y gusanos de seda.

Son, en una palabra, los cien años del reinado de aquel príncipe un cúmulo de maravillas de toda clase, y de progresos que se ejecutaron en monton y para los cuales apenas basta el transcurso de largos siglos. Si sin embargo reflexionamos que las tradiciones de los chinos, hacen proceder á los inventores de las artes de países situados al Occidente del suyo, cerca del Cuen-Ioun, es decir, el Monte-Merou, considerado por los indios, así como el Olimpo por los griegos, como centro del mundo y morada de los dioses; si prestamos atención al título de *Ti* dado al Ser Supremo, y transmitido por él á los reyes, que significa soberano, título que tiene la misma raíz que el de Dios entre los pueblos indo-europeos, consideraremos esta civilización como procedente del mismo origen que la de los demás pueblos famosos de la antigüedad.

Durante los ochenta años que reinó el hijo de Ouang-ti (2597) Chao-ao, se depravó la moral primitiva, y se corrompieron el culto y la música. Cuando ascendió al trono, se vió aparecer el *Foung-Vang*, pájaro fabuloso que no se muestra más que en el reinado de los buenos príncipes, y que fué por este motivo la señal distintiva de los mandarines; estos funcionarios lo llevaban sobre sus vestidos, cuya forma y color particular reguló Chao-ao, según los grados y tal como aún existen.

Elegido para sucederle su sobrino Chouen-io (2543), fué aún más bondadoso que él; purgó el culto de la idolatría, y quitando á los jefes de familia el derecho patriarcal de los sacrificios domésticos, se reservó el emperador el privilegio de ofrecerlos al Señor. Decidió que el año empezaría el primer día del mes en la cual la conjunción del sol con la luna cayera más próximo del décimo quinto grado de Acuario, época en la cual se reviste con toda su gala la naturaleza. Fué apellidado por éste motivo padre de las efemérides.

Dedicó su atención su sobrino y sucesor Ti-Ko (2435), á las costumbres, instituyó doctores para enseñar la moral, aunque es cierto que introdujo la poligamia que desde entonces está en uso. Como esta innovación produjo la necesidad de un harem, y eunucos para guardarlo, se siguieron intrigas y vicios, y por ello los grandes del reino depusieron á su sucesor Fichi después de diez años de reinado (2366), colocando en su lugar á su hermano Yao.

Empieza con Yao, como ya hemos dicho, el primero de los cinco *King* ó libros sagrados, compilados por Confucio, colección á la cual los críticos conceden unánimemente grande antigüedad; según ellos, es el más antiguo de los documentos humanos, pues reconocen en él varias partes anteriores á la historia mosaica. Se distingue primero á Yao (2357), ocupándose en dar desagüe á las aguas: dice:—Presidentes de las cuatro montañas, las muchas aguas que en todas partes abundan con exceso, hacen sufrir mucho. Sus inmensas olas amenazan los montes y ganan las colinas. Su masa que de continuo se eleva, amenaza sumergir al cielo. Vuélvese hácia nosotros el pueblo de las llanuras gimiendo. ¿Quién podrá dominar las aguas?—Todos respondieron:—Existe Cou-an.—Y el

emperador replicó:—No, no, ha infringido las órdenes que ha recibido y maltratado á sus colegas.—Los presidentes de las cuatro montañas añadieron:—Que esto no te impida el emplearle para ver lo que sabe hacer.—¡Pues bien! ve, dijo el emperador; pero ten cuidado.—Cou-an trabajó nueve años sin resultado.

Se reconoce en esto la constitución de un pueblo de gran razón, que no emplea millones de brazos en construir pirámides y catacumbas como Egipto, ó en abrir cavernas en formas de templos, y en tallar cordilleras de piedra de sillería como en la India, sino que les dá por trabajo el cultivo de la tierra, el secamiento de los pantanos, trabajos que han aumentado y conservan aún la prosperidad agrícola de la China. El hecho más cierto de esta historia de las primeras edades del mundo es, de seguro, la conquista del territorio sobre las aguas, sea que se quiera ver en él un recuerdo del diluvio de Noe, sea algun cataclismo particular, producido, como se ha creído, por las convulsiones de la naturaleza, que separaron la América del Asia y abrieron entre ellas el estrecho de Bering.

Lo que hay de más extraño, son las observaciones atribuidas á Yao. Dijo á sus ministros Hi y Ho:—Id y observad las estrellas, determinad el curso del sol, estableced un año de trescientos sesenta y cinco días, que sea exacto por la intercalación de una luna y la determinación de las cuatro estaciones, y después de esto, cada uno llenará su deber según el tiempo y la estación y todo caminará con orden cierto.—Fueron comisionados otros astrónomos en dirección de los cuatro puntos cardinales, para confrontar la duración precisa del día y la posición de ciertos astros en un tiempo dado.

Díganosen si los inventos se preceptúan á una hora fija, y si no debía ya conocer Yao todas estas cosas para mandar á sus ministros que fuesen á descubrirlas.

Bueno es que nos detengamos aquí algo, citándose como un modelo á los soberanos de la China. Visitaba á menudo las provincias, administrando justicia é informándose de las necesidades del pueblo, si tenía hambre ó frío, ó si sus sufrimientos podían imputarse al rey. Con el objeto de que la verdad llegase á sus oídos, hizo colocar en la puerta exterior de su palacio

una tablilla en la que cada uno podía escribir sus agravios ó dar sus consejos.

Al lado estaba un tambor en el cual tocaba el reclamante, y al momento venia á leer el emperador y á administrar justicia. Veló de continuo por el mantenimiento de las *cinco reglas inmutables*, es decir, de los cinco deberes entre padres é hijos, reyes y súbditos, esposos, amigos, jóvenes y ancianos. Hasta Yao (dice Mencio, el Sócrates del país), estaba la China inculta y casi despoblada, extendiéndose bosques espesos en las montañas y las aguas en las llanuras. Reunió Yao los hombres esparcidos en las selvas, les enseñó á la existencia social, les enseñó á desmontar los terrenos incendiando los bosques, y á abrir canales para que corriesen las aguas al mar: no sólo les enseñó á alimentarse con la simiente de las plantas, sino también á multiplicarlas con el cultivo. Así los niños cantaban por las calles: *De todos aquellos que han ilustrado ó gobernado un pueblo, no hay uno que te iguale: quien no te conoce no sabe nada; ¡ojalá sea seguido el ejemplo del emperador!* Cantaba un anciano caminando tranquilamente por el mismo camino que el emperador á quien aguardaba:—Apenas aparece el sol en el horizonte, me dispongo al trabajo, y apenas desaparece me entrego al reposo; cuando tengo sed, bebo el agua de mi pozo, me alimento con el grano sembrado en mis campos, ¿por qué se ocupa el emperador tanto de nosotros?—Encontrándole otro día otro anciano, exclama:—Santo monarca, ¡ojalá poseas grandes riquezas, vivas largos años, y tengas numerosos hijos!

—Rechazo tus votos, respondió Yao: las grandes riquezas llevan consigo cuidados y sospechas; el gran número de hijos causa graves inquietudes; una larga vida hace que tengamos que arrepentirnos de muchos errores.

Pero el anciano replicó:—El que tiene muchos hijos confiere á cada uno de ellos una parte de su autoridad, y se procura descanso; el que posee grandes riquezas y las distribuye entre los desgraciados, encuentra un manantial de goces. Si es gobernado el mundo por la razón ilustrada, todo procede con orden; si no se rige por la ilustrada razón, es preciso cultivar la virtud en la soledad. ¿Por qué abreviar, pues, su vida?

Hasta entonces elegía el rey un sucesor; reunió, pues, Yao el consejo de Estado, y dijo:—Que se busque un hombre hábil para gobernar, según lo reclaman los tiempos. Cuando se encuentre, yo sacaré partido de él.—Otro ministro dijo:—Ouan-teou se muestra capaz y celoso de los asuntos.—Pero el emperador dijo: No; Ouan-teou dice muchas palabras inútiles, y cuando hay que discutir alguna cuestión ó asunto, lo hace mal; afecta modestia, atención y reserva, pero no tiene límites su orgullo.

Eligió, pues, con preferencia á su hijo Yao-chun (2285), de nacimiento oscuro, pero venerado por su piedad filial. Le hizo casar con sus dos hijas; y después de haberle experimentado por espacio de tres años, observando todas sus acciones, le asoció al imperio. Choun fué legislador: conoció las necesidades de las provincias del imperio visitándolas; introdujo la uniformidad entre pesos y medidas; publicó leyes penales, por las cuales ciertos castigos se conmutaban con dinero; con respecto á los delitos cometidos accidentalmente, no se castigaban; dulcificó el rigor de los suplicios sustituyendo á la pena de muerte, á la marca y á la mutilación, el destierro, la confiscación y el palo. Después de la muerte de Yao, por quien el pueblo llevó luto durante tres años (este luto pasó después á ser uno de los ritos del país), reinó sólo Choun, hizo construir muchos diques y batanes, asociando después á Yao al imperio (2224).

Al conferir un empleo explicaba Choun al agraciado sus deberes, como lo haría un ministro en un estado constitucional. Aunque es cierto que sus discursos no tienen para nosotros más autenticidad que la de aquellos con que Herodoto y Tito Livio han llenado sus historias, nos parece conducente referir algunos fragmentos para hacer conocer el ideal de los magistrados chinos.

Decía, pues, Choun á los pastores de sus provincias:—Es preciso tratar con humanidad á los que vienen de lejos, instruir á los que están cerca, estimar á los hombres de talento y sacar partido de ellos; fiar en las gentes probas y no frecuentar el trato con los malos. Cuando tanto el príncipe como el ministro saben sobreponerse á las dificultades de su posición, el imperio se encuentra bien gobernado

y los pueblos siguen sin estorbo el camino de la virtud. No dejar desconocidas á las personas sábias, establecer la paz en todos los países, conformar sus intenciones y conocimientos con los de los demas, no despreciar ni maltratar á los que no están en estado de hacer oír sus quejas, y no abandonar á los pobres desgraciados; tales fueron las virtudes del emperador Yao.—Dirigió á los grandes estas palabras:—Colocaré al frente de los ministros aquel de vosotros que sea capaz de gobernar bien los asuntos públicos, para que en todas partes reine el orden y la subordinación.—Habla de esta manera á Ki:—Veis la miseria y el hambre de los pueblos: como intendente de la Agricultura (*eu-tsi*), has de sembrar grano de todas especies según la estación.—Decía á Sie, ministro de Instrucción (*sse-tou*):—No hay concordia entre los pueblos, y los desórdenes se manifiestan en los siete estados. Publica las cinco instrucciones y sé indulgente y afable.—Al gran juez (*cao-iao*):—Suscitan los extranjeros grandes turbulencias; si existen entre los habitantes del imperio ladrones, homicidas ó gentes de mal vivir, haz uso con respecto á ellos de las cinco reglas para castigar los delitos proporcionalmente.—A Pe-hi, ministro de Cultos (*chi-tsun*):—Vela desde la mañana hasta la tarde con temor y respeto; ten rectitud en el corazón y libértalo de la parcialidad.—Y á Cuei:—Te nombro superintendente de la música, quiero que lo enseñes á los hijos de los príncipes y de los grandes; que sean sinceros, afables, indulgentes, graves, firmes, sin dureza y crueldad, y complacientes. Inspírales discernimiento sin orgullo. Exponles tus pensamientos en verso, y haz canciones para los diferentes tonos de los instrumentos. Que se conserven las ocho modulaciones sin que haya confusión entre los diferentes sonidos, y de esta manera permanecerán los hombres y los animales en paz.—Cuei respondió:—Cuando toco, ya fuerte, ya suave, en mi instrumento de piedra, saltan de alegría las bestias feroces.—Choung dijo entonces á Lang:—Tengo horror á los maldicientes; esparcen en los discursos la discordia, dañan á los hombres de bien, despertando las inquietudes y sediciones y trastorna el orden de los pueblos. Ven, pues, Lang: te nombro investigador (*naian*); ya sea promulgando mis órdenes y de-

cretos, ya refiriéndome lo que dicen los demas, no te ocupes sino de la rectitud y de la verdad.

El ministro Hi, le decía:—Es preciso velar sobre sí mismo, adelantar en el camino de la virtud y no permitir que sean violadas las leyes del Estado; debe huirse de las excesivas diversiones y de los placeres vergonzosos. Es necesario no variar las órdenes que se han dado á las personas prudentes, no apresurarse á decidir cuando ocurren dudas y dificultades; deben procurarse los sufragios de cien familias (es decir del pueblo), y no enagenarse su voluntad por favorecer la propia inclinación.

Está expresada esta diferencia más claramente en las palabras de un ministro de You:—Lo que el cielo oye y vé, se manifiesta por medio de las cosas que los pueblos oyen y ven. Lo que el pueblo juzga digno de recompensa ó de castigo indica que el cielo castiga ó recompensa. El cielo se encuentra en relación íntima con el pueblo: tengan, pues, cuidado los que rigen al pueblo.—No debemos por esto sacar en consecuencia que entrase algún elemento democrático en la constitución de la China; no podemos considerar aquellas doctrinas sino como fruto del principio, que con la autoridad paterna, constituye y atempera el gobierno chino, hablamos de la ciencia de las letras.

Cuando murió Choun (2208), conservó el imperio el luto trienal y le sucedió You. Como jefe supremo en él empieza la primera dinastía china, en atención á que el derecho de elección ejercido hasta entonces por los emperadores entre los súbditos presentados por los grandes, se restringió entonces, no teniendo que elegir estos últimos ya entre más candidatos que los hijos del emperador, sin consideración al orden de primogenitura: esta clase de sucesión, que ofrece más probabilidades de buenos reinados que la sucesión por línea recta, á pesar de las disensiones y guerras intestinas que puede ocasionar, se ha conservado en China hasta nuestros días.

CAPITULO XXVI

Constitución de Roma

En esta época abarcaba la dominación de Roma toda la Italia, las dos Españas, el antiguo territorio de Cartago, la Sicilia, la Cerdeña, la

Córcega, la Liguria, la Galia Cisalpina, la Macedonia, la Acaña y el reino de Pérgamo; cada uno de estos países formaba una provincia.

Luego que la república había adquirido un territorio, le permitía, por una apariencia de generosidad ó de reconocimiento, gobernarse por príncipes nacionales ó por otros que le imponía: apenas le habían acostumbrado al yugo, derrocaba á los jefes que había tolerado ó creado y lo reducía á provincia. En esto venían á parar todas las alianzas que contrataba con una ciudad ó con un estado independiente. Su primera solicitud era consolidar allí la esclavitud constitucional, y especialmente extirpar aquellas confederaciones que le habían hecho pagar á tan caro precio sus victorias sobre la Galia, Grecia é Italia.

Un decreto del Senado (*senatus consultus*) determinaba la administración de las provincias: se diferenciaban unas de otras, si bien todas se hallaban reducidas á una sujeción absoluta. Debía ceder el puesto el antiguo derecho público á la legislación nueva; humillábase el poder soberano ante un magistrado de Roma, á quien pertenecían la jurisdicción, la administración, y el mando militar muy á menudo. Pagaban los de las provincias un impuesto personal y un tributo sobre los inmuebles; no se les admitía al servicio de las milicias. A veces se dejaba á sus ciudades una administración propia, modelada con arreglo á las antiguas instituciones, si bien apartando de ellas las formas democráticas y favoreciendo á la aristocracia opulenta.

Para regir aquellas provincias enviaba el Senado cónsules que habían concluido su encargo y pretores. A su llegada al país exponían un edicto de jurisdicción, de qué manera entendían gobernar, parte confirmando las instituciones anteriores, parte innovando, parte introduciendo las de la metrópoli que les parecían oportunas. Este magistrado iba comunemente acompañado de un cuestor para la recaudación del impuesto y de un intendente ó director de rentas. En la época á que nos ha traído nuestro relato, se introdujeron las *questiones perpetuae*, á fin de que continuaran los pretores en sus funciones, luego que había espirado el tiempo de ellas, con el título de vice-